

perador le hablaba á menudo. Lo mismo conversaba con todos, sin orgullo. Mi padre acababa de casarse y el Emperador le prometió sacarme de pila; pero cuando yo nací ya no estaba él en la isla, ni mi padre tampoco, porque un día se embarcaron todos. Mi padre solía decir después:—Le hubiera seguido hasta el fin del mundo, y como yo, todos, porque era el gran Emperador.—Le siguió á Waterloo, de donde vino á pie hasta Piombino, atravesando Alemania, Suiza é Italia, por espacio de cuatrocientas leguas. Todo esto me lo contó en mi niñez y añadía cómo iba vestido el Emperador, lo que decía y por qué le derrotaron. Ahora, el Emperador ha muerto, mi padre también, y yo soy ya viejo, y se me han olvidado muchas cosas. Pero si el Emperador volviese, con él me iría yo como mi padre. ¡Viva el Emperador!»



Medallón de Paulina Borghese. (Anverso y reverso.)

El ciego se había transfigurado al hablar, como si en él resurgiese la lejana infancia, y con ella, la nube de recuerdos de la época imperial que le relatara su padre, herido en la épica jornada de Waterloo por la metralla de Wellington y tizado por el humo de la artillería del monte Saint-Jean.

Experimenté uno de los más extraños sentimientos al verme entrometido de repente en esta página histórica; al encontrarme frente á frente de ella, todavía fresca y viva, y tocarla hasta cierto punto con mis propias manos. Me encontraba ante la legendaria fascinación que el hombre del típico sombrero ejercía en casi todos cuantos se le acercaban, ante aquel culto idolátrico que, éstos á su vez, transmitían á sus hijos. Semejante ejemplo me daba á entender cómo los hombres y los pueblos se embriagan de gloria y de palabras, y se entregan á quien de ellos sabe apoderarse, precipitándose tras él, como rebaño al matadero, hacia la loca matanza de las batallas. A pesar de mis ideas en contra, no pude por menos de ceder á la emoción.

El ciego se sentó, como desfallecido. De sus muertos ojos brotaron lágrimas. Me acerqué á él, con deseo de que hablara todavía más, y fijase, muy precisamente, algún recuerdo.



El cura, su hijo, que se daba á entender mejor que yo, manifestó mi deseo. Permaneció el viejo breves momentos meditabundo y después exclamó, riendo: «El Emperador era muy astuto, y difícilmente se le podía engañar. Recuerdo que, según me contó mi padre, vivía cerca de nuestra calle una viejecita llamada Battini, de oficio tejedora y habitante en un entresuelo. Por la ventana se la veía manejando los hilos y la lanzadera, y cuando el Emperador pasaba por aquella calle, no dejaba nunca de mirarla. Cierta día se detuvo para hablarle, y como era muy generoso, siempre llevaba en el bolsillo del chaleco algunas monedas de oro para socorrer á los necesitados. Adelantóse Napoleón, acompañado de sus generales, y le preguntó á la viejecita: «Buena mujer, ¿cuánto ganáis al día?» La vieja, sin sospechar la intención del soberano, quiso fingirse más pobre de lo que era, para lograr mayor limosna, y simulando aire compungido, respondió: «¡Ay, Majestad! Cuatro ó cinco sueldos.» La Battini mentía, porque ganaba mucho más. Pero el Emperador conocía el precio de las cosas, y frunciendo el ceño replicó: «Si que es poca cosa. Eso prueba que no trabajáis mucho.» Con esto le volvió la espalda y ya no se detuvo más á mirarla. La vieja se quedó sin nada, y bien empleado le estuvo, porque nadie podía engañar al Emperador.» Y el viejo añadió convencido: «Al Emperador no le gustaban las mentiras.»

Después se removió en su asiento y le dijo algunas palabras á su hijo, quien se dirigió á un pupitre que había en el fondo del aposento y sacó de él un cofrecito, que trajo á su padre. Este lo abrió á tientas y tomando de su interior una llave de oro y un frasco de cristal tallado, me dijo: «Esto se lo dió el Emperador á mi padre, como recuerdo. Mi padre lo guardó constantemente y yo también. No lo daría por todo el oro del mundo. Teníamos una lámpara de cobre, que mi madre guardó mucho tiempo. Le servía para ponerla en la ventana cuando el Emperador regresaba tarde á la ciudad. Al oír el galope de los caballos, todos los vecinos de las calles por donde el Emperador había de pasar, para ir á palacio, sacaban á la ventana una lámpara igual, con objeto de alumbrar el camino, pues los caballos hubieran podido tropezar en las losas de los peldaños. La lámpara se estropeó con el uso y no sé qué se ha hecho, pero mi madre me la enseñaba de niño muchas veces.»

Calló el viejo. Preguntéle yo si tenía algo más que decirme, y meneó negativamente la cabeza, como si empezaran á enmarañarse los recuerdos en aquel cerebro cansado de vivir. Me dejó ver y tocar la llave de oro y el frasco de cristal. Se los devolví y los volvió á guardar en la arquilla, después de besarlos. Estrechó mis manos entre las suyas y se las llevó á los labios. Luego el sacerdote me manifestó que, según le había dicho su padre, consideraba como el mayor gozo de su ancianidad el haber visto á un compatriota del Emperador.

Mantenia el viejo apretadas mis manos contra su boca, y lloraba otra vez. Una lágrima me abrasó la piel, al caer en mi mano. Parecía como si no se resolviese á dejarme, por temor de que, conmigo, desapareciese el distante pasado que acababa de despertar en él. Casi á la fuerza, me desprendí de sus apretones, y las tinieblas invadieron su espíritu otra vez. Sentado de nuevo en el sofá de caoba, se recogió el abrigo y arrimóse el brasero para calentarse las ateridas manos. Al salir me volví, y vile mirando otra vez al techo.

Al día siguiente me embarqué para Francia, y restituido á la absorbente vida de París, he pensado más de una vez con admiración en el pobre ciego elbense, que espera tranquilo la muerte soñando en el gran Emperador, cuando para nosotros son ya viejos los muertos de un año atrás, pertenecen á la historia los de há veinte, y los de hace un siglo nos parecen tan antiguos como los Césares romanos y los Faraones de Egipto.

